Un Comentario español a la Sagrada Escritura (*)

La aparición de un Comentario —que se anuncia completo— a todos los libros de la Biblia, escrito originariamente en castellano —y no simple tradución—, tiene categoría de acontecimiento no por tardío menos encomiable.

No existía hasta el momento ningún Comentario completo en casteallno a la Sagrada Biblia. Y este primero se debe, como las primeras versiones castellanas de la Biblia hechas por católicos directamente de los textos originales, al esfuerzo benemérito y clarividente de la Biblioteca de Autores Cristianos. Quede constancia calurosa de nuestra profunda gratitud por el servicio que con ello la prestigiosa Editorial Católica ha prestado a la cultura bíblica de los lectores de habla española. Gratitud que hacemos existensiva a los profesores de la Pontificia Universidad Eclesiástica de Salamanca, bajo cuyos auspicios y alta dirección se publica la mencionada Biblioteca, y sobre cuyos hombres pesa directamente la redación de este Comentario.

El Comentario —que, según se anuncia, comprenderá unos siete volúmenes— no pretende ser ni estrictamete científico o de investigación, ni de simple vulgarización. El tono intermedio —presentación científicamente al día de las diversas cuestiones y subrayado del contenido religioso de cada pasaje—, era el que exigía la destinación

---

(*) Profesores de Salamanca: *La Biblia commentada.* I. *Pentateuco,* por Alberto Colunga, O. F. y Maximiliano García Cordero, O. P. Madrid, B. A. C., 1960. 135 x 200 mm. XXIV + 1057 páginas. II. *Libros históricos del Antiguo Testamento,* por el P. Luis Arnaldich, O. F. M. Madrid, B. A. C., 1961, 135 x 200 mm., XII + 1.093 páginas.

de la obra al público culto, no especializado, de habla española. Desde esta perspectiva, y sólo desde ella, convendrá enjuiciar sus evidentes logros y sus posibles defectos.

* * *

El volunmen primero, dedicado al Pentateuco, ha sido escrito en colaboración por el P. Alberto Colunga, O. P., Maestro en Sagrada Teología y Consultor de la Pontificia Comisión Bíblica, y por el padre Maximiliano García Cordero, O. P., Profesor de Exégesis y de Teología Bíblica en la Pontificia Universidad Eclesiástica de Salamanca y en la Facultad Teológica del Convento de San Esteban.

Interesantísimo el prólogo de los autores —¿del Comentario completo o de este primer volunmen?— que en este caso no es una mera presentación de la obra, sino un avance de los principos exegéticos que presidirán la redacción del Comentario. Por él descubrimos que los autoes intentan ir por el camino de en medio, equidistantes del radicalismo y del conservadurismo a ultranza. Y esto no por razones bastardas de conveniencia, sino con plena sinceridad y conocimiento de causa. «Las aguas —escriben— se han remansado, y las dos corrientes que antes parecían antagónicas —conservadora y progresista— se están dando la mano, llegando a un justo medio» (página XX).

A más de uno extrañará, sin embargo, que nuestros autores propugnen abiertamente el principio de las apariencias históricas o de la llamada historia relativa para solucionar los conflictos entre la inerrancia bíblica y las ciencias históricas. Quizá no es afortunada la cita de San Jerónimo en apoyo de una explicación que no es precisamente, según creemos, la que propuso el Santo Doctor (p. XIV).

En la introducción al Pentatueco, cuando se trata del problema de las fuentes, los autores, aunque proponen con simpatía la explicación de las «tradiciones» sostenida por la escuela escandinava y por el P. de Vaux, se inclinan por una solución mixta que tenga en cuenta la para ellos insoslayable existencia e incorporación al Pentateuco de documentos escritos (p. XVIII ss.)

Lo que acaso pueda parecer reiterativo para un especialista —y estas reiteraciones son frecuentes a lo largo del volumen, sobre todo cuando se trata del pensamiento propio de los autores del Comentario— tal vez sea pedagógicamente conveniente y hasta necesario para los lectores menos técnicos a los que se dirige.

* * *

El segundo volumen, obra del P. Luis Arnaldich, O. F. M., Catedrático de Hebreo y de Introducción General a la Biblia en la Pontificia Universidad Eclesiástica de Salamanca, comprende el Comentario al resto de los Libros del Antiguo Testamento que el Canon cristiano llama históricos: Josué, Jueces, Ruth, 1 y 2 de Samuel, 1 y 2 de los Reyes, 1 y 2 de las Crónicas, Esdras-Nehemías, Tobit, Judith Esther, 1 y 2 de los Macabeos.

Sólo la competencia y reconocida pericia del P. Arnaldich ha podido lograr salir airoso de empresa tan comprometida como era la de encerrar en un volumen de 1.093 páginas el Comentario a 16 libros del Antiguo Testamento, la mayoría de ellos erizados de problemas. Las exigencias editoriales —que, según confesión del propio autor, han «obligado a no rebasar un determinado número de páginas fijadas por el ordenamiento general de toda la obra», y a sacrificar «centenares de páginas de comentarios que quedan inéditas» (página IX)—, no han impedido que las principales cuestiones queden sucimentemente esclarecidas. Quizá lo que más ha sufrido haya sido la información bibliográfica. En todo caso, los lectores habremos de ser indulgentes con las posibles lagunas que no deberán ser achacadas al autor, sino a las exigencias editoriales o quizá a la ordenación general de la obra.

Especialmente escueto —por no decir inexistente—, resulta el comentario a los dos libros de las Crónicas, donde las breves explicaciones apenas rebasan la extensión de unas sencillas notas a pie de página en una edición católica del texto de la Biblia. Con vistas a una probable segunda edición de este Comentario, nos atreveríamos a rogar se prestara una mayor atención a estos libros para destacar por lo menos sus semejanzas y discrepancias con los de Samuel y Reyes.

En los problemas introductorios, y especialmente por lo que concierne a la historicidad, el P. Arnaldich se muestra muy circunspecto. Véase, por ejemplo, su opinión sobre Judit (p. 816-817) y sobre Esther (p. 871 s.). En la cuestión de la prioridad entre Esdras y Nehemías se mantiene cauto: se inclina por Nehemías, pero confiesa no estar muy convencido (p. 650). Igualmente indeciso se muestra el autor, cuando se trata de la historicidad de Tobit. Aunque reconoce que la mayoría de los autores católicos —cuyas conclusiones cita con simpatía— tienden «a considerar el libro como novela didáctica con fondo histórico», él parece inclinarse por la historidad. «¿Tobit libro histórico? —se pregunta. Y responde: «En aparien-

cia, sí; *a priori,* debe retenerse como tal; que no lo sea en todo o en parte, debe probarse» (p. 770).

* * *

El Comentario en estos dos volúmenes discurre conforme a las características que dejamos apuntadas. Como los propios autores advierten en el prólogo al primero, se sigue un «sistema *narrativo de* exposición del texto sagrado, comentándolo por perícopas lógicas, de forma que pueda ser leído y comprendido sin distraer al lector de las ideas principales de cada sección. No se nos ocultan las ventajas que tiene el método tradicional del comentario en forma de amplias notas —sistema insustituíble en los comentarios de investigación—, pero tiene el inconveniente de que desconecta de la lectura del conjunto de la perícopa y corre el peligro de que el árbol no deje ver el bosque» (p. XVIII). Especial importancia se da, en consonancia con los documentos pontificios, al «contenido teológico del texto sagrado, sin ahogarlo con exceso de erudicción filológica, arqueológica e histórica».

Ignoramos por qué editorialmente no se distinguen de alguna forma en la bibliografía las obras de autores acatólicos, tanto más cuanto que el P. Arnaldich en sus palabras al lector (p. IX, nota 9) así lo promete. Consideramos que la destinación de este Comentario al gran público no especialista exige dar a los lectores esa información.

En líneas generales, el criterio seguido nos parece científica y pastoralmente acertado. El conocimiento del estado de las cuestiones y del ambiente bíblico que los autores poseen, les ha permitido ofrecer un comentario perfectamente al día, con excelente información, pero sin el peso de una erudicción inncesaria.

Estimamos que la obra, de seguir así, llenará cumplidamente su cometido: los lectores medios, a quienes va dirigida, resultarán debidamente informados, encontrarán una solución tranquilizadora a la mayoría de las innumerables dificultades que la lectura del Sagrado Texto pudiera presentar, y se sentirán espiritulamente enriquecidos con los inmensos tesoros que el Libro divino encierra.

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS